



The Episcopal Diocese of Olympia

The Episcopal Church in Western Washington

www.ecww.org

Sermón para Un servicio, La Rvda. Carla Robinson – 25 de abril de 2021

La imagen de Jesús como el Buen Pastor es una de las imágenes más duraderas en la historia de la Iglesia y aparece en todas partes. Ha inspirado montones de materiales de devoción, meditaciones, libros, sermones, todo tipo de obras de arte, vitrales, esculturas, estatuas, música, versiones largas, versiones cortas, himnos, canciones. Hemos colgado el nombre en edificios de la Iglesia, en hospitales y hasta en clínicas veterinarias. Y en cada Pascua, la imagen aparece en esta etapa de la vida.

¿Y por qué no? Es una imagen poderosa de relación, la relación entre Cristo y el pueblo de Dios. Y de eso es que se trata: de relación. Con frecuencia la llamamos el Buen Pastor. Yo preferiría llamarla el Buen Pastor del rebaño, porque un pastor sin rebaño no tiene más sentido que un rebaño sin pastor. Van juntos. Esta es una imagen de relación, y Jesús la entreteje a través de toda esta lectura del Evangelio. Empieza mucho antes en este capítulo y termina cuando él dice: un rebaño, un Pastor. “Yo soy el Buen Pastor”, dice Jesús. Nos ha llamado a una relación con él que es genuina y verdadera.

Mi mamá nos solía decir, “¿Saben?, a mí me pueden decir cualquier cosa, me pueden hacer creer cualquier cosa, pero eso no lo pueden hacer con Dios”. Lo decía no para hacernos temer a Dios sino para sugerir una imagen que dijese que ésta es la intimidad que existe con Dios. Entonces, cuando se trata de estar con Jesús, podemos compartir sin reserva todo lo que tenemos en nuestros corazones, con total autenticidad. Esto significa que podemos compartir nuestra rabia y frustración, nuestro miedo, nuestro temor, nuestra inseguridad, la felicidad que a veces sentimos que nos hace bailar, y la tristeza que sentimos que no nos deja levantar. Podemos compartirlo todo sin reserva en la autenticidad que ofrece esa relación.

La autenticidad de esa relación está diseñada para inspirarnos a forjar relaciones más sólidas en nuestras propias vidas. Notarán que no digo que vamos a tener relaciones perfectas uno con el otro, sino que esta relación nos inspira en cuanto a qué paso dar. Todo este asunto de la COVID ha sido muy duro en las relaciones. Nos hemos visto aislados. Muchos hemos perdido de golpe nuestra conexión con patrones conocidos: reuniones alrededor de la mesa del Señor, reuniones en la compañía del pueblo de Dios, el compartir nuestros abrazos y saludos. ¿Pero saben qué? Lo que ha surgido ha sido una nueva y extraña práctica. Bueno, quizá no tanto una nueva práctica sino

una práctica antigua que ha sido revivida. Es una práctica a la que le he empezado a llamar “preguntarme con compasión”. Mientras hemos estado alejados del prójimo, quizás hemos tenido un poco más de tiempo de lo normal para sentarnos y preguntarnos, “¿y cómo estará fulanita?” Esto nos lleva hacer esas llamadas telefónicas o por Zoom y hasta enviar la tradicional carta y tarjeta para hacer una simple pregunta: “¿Cómo estás?”

Todos estamos ansiosos de poder reunirnos otra vez pero yo quiero instarnos a seguir esta práctica “preguntarse con compasión”. Hacer lo que Johnny cash decía en una de sus canciones, mantener los extremos abiertos para poder atar un lazo. Preguntarnos cómo estamos. Hasta ver importantes acontecimientos en nuestra cultura y en nuestro país como oportunidades para preguntarnos con compasión. Permítanme darles un ejemplo de lo que les digo. Hace unas semanas, los eventos acontecidos en Georgia nos horrorizaron. El ver a nuestras hermanas asiáticas como el blanco de la violencia, asesinadas, nos dio un fuerte golpe como cultura pero golpeó con aún más fuerza a nuestras hermanas y hermanos asiáticos. Hubo una oportunidad para este hermoso proceso de “preguntarse con compasión” y así preguntar, “Caramba, ¿sabes?, yo conozco a fulanita de tal en nuestra congregación. Me pregunto cómo estará, ¿cómo estás tú?” Es una pequeña pregunta. Quizás no genere una relación nuevita, cero kilómetros, pero es una pequeña pregunta que abre un poco la puerta a la posibilidad de dar un paso hacia adelante en nuestras relaciones.

“Yo soy el Buen Pastor”, dice Jesús, y nos invita a entablar una relación llena de acción. Ahora, ustedes probablemente estarán pensando: ¿qué tanta acción puede haber en las ovejas? ¿Esos animales no son básicamente un aburrimiento total? No hacen mucho. Solo andan por ahí y hacen “bee” y nos dan lana y todo el mundo contento. Pues bien, la verdad es que ser pastor y ser parte de un rebaño es algo lleno de acción. Uno no está sentado todo el día. Sí, puede ser que uno esté un rato en el redil, pero siempre hay un ir y venir. Y para conseguir buen pasto, el pastor tiene que viajar, a veces por millas, para poder guiar a su rebaño a un lugar nuevo y fresco. Viajar por millas en búsqueda de la cantidad perfecta de agua, sabiendo que la temporada está cambiando y el paisaje cambiará con ella. A veces guiando el rebaño a través de pasajes peligrosos. Ser parte de un rebaño es algo lleno de acción.

Un pastor podría de repente toparse cara a cara con el peligro y, en un abrir y cerrar de ojos, encontrarse en una situación de vida o muerte. Y un pastor tiene que tomar una decisión en ese momento. “¿Qué voy a hacer?” Es una vida llena de acción. Jesús al hablar de sí mismo dice lo siguiente, “Amo a mis ovejas y daría la vida por ellas”. Parte de lo que está diciendo es que su propio corazón lo lleva a actuar en beneficio de su rebaño. En esta lección del Evangelio él expresa que el dar su vida es un acto voluntario. No se la están arrebatando. No lo están amenazando a mano armada. Este acto resulta del increíble amor sacrificial que brota de su interior, que ha sido encarnado en el mundo para ser visto en su rostro y en su vida. Yo doy mi vida, dice. Yo tomo este trabajo. Me muevo. Doy este paso.

A través de las escrituras, lo vemos haciendo exactamente eso. Filipenses nos dice que él hizo a un lado su igualdad con Dios para tomar la forma de un esclavo, para vivir una vida de amor sacrificial. Lo vemos entregando su vida para servir y sanar. Lo vemos dando su vida cuando se expresa con la verdad, con el conocimiento de que en las mismísimas estructuras de poder retumban sus palabras. Listo para la rebelión. Lo vemos dando su vida hasta en la cruz, donde entrega su último aliento.

Pero realmente, ¿de qué sirve un pastor muerto? ¿No significa eso el fin del rebaño? Jesús dice: "He dado mi vida, pero también tengo el poder de tomarla". Y mientras lo hace en la gloria de la resurrección, no acapara la vida para sí mismo. La otorga libremente: la vida que resucitó, que vuelve incluso de las garras de la tumba, es una vida que lanza a lo largo y ancho. Y en su ascensión, al dotar a la iglesia con el Espíritu Santo, el designio es continuar ese ministerio lleno de acción que él mismo comenzó.

"Yo soy el Buen Pastor", dice Jesús. Y nos llama a una relación que es dinámica. Aparentemente, Jesús no tiene una buena opinión sobre el status quo. No parece estar a favor de las cosas como siempre se hicieron. No parece ser su manera de andar. De hecho, en esta lección dice algo que siempre me ha parecido sorprendente y un poco aterrador. Le dice a su rebaño, a este grupo que ha llegado a conocerlo y que él ha llegado a conocer. Tal vez todo esto se ha vuelto un tanto cómodo porque tienen la ventaja de estar con Jesús. Dice: "Tengo otras ovejas que no provienen de esta bóveda. Debo llamarlas". ¿Escuchan la fortitud de sus palabras? "Debo hacerlo. Tengo que hacer esto. Esto no es sólo una buena idea. Tengo que hacerlo". Estas otras ovejas son necesarias.

Entendemos un poco el porqué eso forma parte de esta imagen. En un rebaño en el mundo antiguo, un pastor a menudo traía, intencionalmente, otras ovejas por una muy buena razón. Las otras ovejas venían, se mezclaban, se reproducían, y tenían crías para que el rebaño se fortaleciera. Se desarrollaba la inmunidad. El rebaño se volvía menos susceptible a las enfermedades. El mundo científico diría que esto es diversidad genética. Que este proceso fortalece a la especie. Y así, cuando pausamos, decimos, bueno, queremos aplicar esto a la iglesia. Cuando hablamos del deseo de Dios de traer diversidad, esto no es solo miel sobre las hojuelas de la justicia. Esto es fundamental para lo que somos. Es fundamental para nuestra supervivencia. Me atrevería a decir que moriremos como iglesia si no nos damos cuenta de la belleza de lo que Dios está haciendo al traer otras ovejas. ¿Otras ovejas? ¿Podría ser un poco más específico Pastor sobre estas otras ovejas?

Estamos hablando del prójimo que no se parece a usted. El prójimo que no se parece a mí. El prójimo que no habla este idioma como lengua materna. El prójimo que viene de muy lejos. El prójimo que viene de culturas que acaban de nacer y de culturas con siglos, milenios de antigüedad. La diversidad que Dios está llamando a ser no es solo porque Dios tiene ideales liberales y quiere hacer estas cosas. Es porque Jesús entiende que es fundamental para nuestra

supervivencia. Todo el rebaño se beneficia. Todos nos fortalecemos y profundizamos en nuestra comprensión y en nuestra capacidad de reflejar el asombroso amor del Buen Pastor.

Pero, Pastor, ¿cómo podemos empezar a hacerlo? Algunos estamos un poco asustados. Algunos somos un poco tímidos. Algunos queremos hacerlo, pero no estamos seguros de cómo. Bien, ¿listos para la respuesta mágica? Aquí la tenemos. Esta es. Si han estado escuchando a medias y dormitando, se acabó. Despiértense. Aquí viene la respuesta mágica sobre cómo va a suceder. Es algo de lo que ya hemos hablado. ¿Recuerdan lo de la pregunta compasiva? Esa idea, ese querer decir: "Hola, ¿cómo estás?" ¿Recuerdan ese asunto de una iglesia y un pueblo diseñados para tomar acción?, ¿para estar llenos de acción? Eso es parte de cómo todo esto se une. No, no tengo una fórmula mágica, pero tenemos las palabras de Jesús. Tenemos la historia de la iglesia en nuestros fracasos y en nuestros éxitos. La tenemos aquí.

¿Podemos hacerlo? Esa es la pregunta incorrecta. Se nos dice que el mismo poder que resucitó a Jesús de entre los muertos vive dentro de nosotros. Ni siquiera es una cuestión de si podemos. Tal vez es más una cuestión de si queremos. E incluso eso es una pregunta. ¿Cómo podríamos detenernos o querer detenernos cuando se nos dice que ésta es la forma en que conoceremos a Dios? ¿Cómo sabremos que Dios está en nosotros? Cuando se le hace la pregunta a Juan, él dice: "Amándose unos a otros, por el amor que allí existe". Muy bien, creo que esto tiene sentido. Creo que a veces entiendo. La relación. Es Jesús, nosotros, Cristo, iglesia, Buen Pastor, rebaño. Hay relaciones que se moldean y se funden y se doblan y están vivas. Casi puedes sentirlo. Casi puedes sostenerlo. Casi tiene un latido si lo escuchan.

Es Jesús y nosotros, la iglesia, Cristo, el pastor, las ovejas. Tiene un ritmo, ¿no es así? No está sólo en su mente. Está en su corazón. Está casi un poco en su cuerpo. El pastor y las ovejas. La iglesia y Cristo. Está diciendo, sí, lo entiendo. Entiendo las palabras. Y justo cuando pensamos que tenemos las palabras, Jesús lo cambia. El Padre. ¿Quién? El Padre. ¿Eh? El Padre. Sí.

El Padre, el pastor y las ovejas. Ah, sí. El Padre, el pastor y las ovejas. El Buen Pastor. El Padre, el pastor y las ovejas le conocen. El Padre, el pastor y las ovejas le aman. El Padre, el pastor y las ovejas dan su vida. Vive y muere. Muere y resucita. El Padre, el pastor y la oveja. Oh, sí. El Padre, el pastor y el rebaño. Ese rebaño. El Padre, el pastor y el rebaño. Otras ovejas. El Padre, el pastor y el rebaño. Ovejas nuevas, ovejas viejas, ovejas jóvenes, otras ovejas, todas las ovejas. Un solo rebaño.

Dejo caer el micrófono. Me voy. No, no. No es así como lo hacemos. No, terminamos aquí recordando la verdad. Decimos que la verdad del amor de Dios se mantiene. La verdad de lo que vemos en Cristo se mantiene. La verdad de la presencia del Espíritu se mantiene. Decimos, sí, esa es la verdad. Amén. Esa es la verdad. Amén.